

EL FINAL

(Xavier Ristol)

Pensé débilmente y sin tristeza en el relato que había intentado articular, relato a imagen de mi vida, quiero decir sin el valor de acabar ni la fuerza de continuar. El mar, el cielo, la montaña, las islas, vinieron a aplastarme en un sístole inmenso, después se apartaron hasta los límites del espacio. Sentado de nuevo en la popa, con las piernas estiradas y la espalda bien apoyada contra el saco relleno de hierba que me servía de cojín, me tragué el calmante. Todavía una media hora, en total, salvo imprevistos. El agujero era pequeño y el agua subiría lentamente. Debí desde el principio practicar un agujero en las tablas del fondo, porque aquí me tenéis de rodillas intentando soltarlo, con la ayuda del cuchillo.

Era la cadena que, fijada a la parte de delante, acababa de enrollarse alrededor de mis caderas. Me levanté del banco, en la parte de atrás del bote, y un enérgico campanilleo se hizo oír. Noté que mi sombrero estaba atado, por un cordoncillo sin duda, a mi botonadura. En esta noche pues, plagada de débiles parpadeos, en el mar, en tierra y en el cielo, bogaba a merced de la marea y las corrientes. Y mucho más tarde, de vuelta a casa, antes de acostarme, miraba desde mi alta ventana el incendio que había prendido. Yo mismo cuántas veces habría encendido el fuego, con una cerilla, siendo pequeño. Yo sabía muy bien lo que era, era la retama que ardía. Y en el flanco de la montaña, que ahora desgajada se alzaba tras la ciudad, los incendios pasaban del oro al rojo, del rojo al oro. Pero para acabar con las imágenes, veía también las luces de las boyas, parecían llenarlo todo, rojas y verdes, incluso ante mi extrañeza amarillas. Me enseñaba igualmente los nombres de las montañas. Hubiera deseado que me atrajese hacia sí, en un gesto de amor protector, pero en eso estaba pensando. Por la tarde, estaba con mi padre sobre un promontorio, me cogía de la mano.

Los conocía bien, de pequeñín ya los conocía. Veía los faros, hasta un total de cuatro, pertenecientes a un barco-faro. El aire libre me rodeaba ahora por todas partes, no tenía más que el abrigo de la tierra, y poca cosa es, el abrigo de la tierra, en esas condiciones. Todo parecía tranquilo y sin embargo la espuma se colaba por la borda. El bote no se deslizaba ya, saltitos, zarandeado por las olitas del alta mar incipiente. Los hombres dormían, los cuerpos recuperaban fuerzas para los trabajos y alegrías del día siguiente. Raras y débiles luces marcaban la separación creciente. Las orillas se alejaban cada vez más, lógico, ya no las veía. No veía el tiempo que hacía, no tenía frío ni calor y todo parecía tranquilo. Había estrellas en el cielo, grato. Yo tenía una tabla, un trozo de banco quizá, que utilizaba cuando me acercaba demasiado a la orilla o cuando veía acercarse un montón de detritus o una chalupa. Además no veía remos, habían debido llevárselos. No tenía que remar, el reflujo me llevaba. Estaba pues en mi bote y me deslizaba sobre las aguas ¿Qué podía ser aquello si no? Sabía que eran imágenes, puesto que era de noche y estaba solo en mi bote.

Mi mito lo quiere así. De pequeñín quizá. Creo que no las había visto nunca, en puridad. Basta, basta, las imágenes, aquí estoy abocado a ver imágenes, yo que nunca las vi, salvo a veces cuando dormía. Eran yo, mis inmundicias, es cosa sabida, pero aún así. Labrarse un reino, en medio de la mierda universal, para después cagarse encima, era muy mío. Me bajaba los pantalones arqueándome, me volvía un poco de lado, lo justo para despejar el agujero. Lo que me sucedía sin embargo, e incluso cada vez más a menudo ¡No quería ensuciar mi nido! Esperaba entonces que las ganas de cagar, o de mear al menos, me dieran fuerzas. Lo sentía todo cerca, las calles glaciales y tumultuosas, las caras aterradoras, los ruidos que cortan, penetran, desgarran, contusionan. Me ocurría a menudo querer correr la tapadera y salir del bote, sin conseguirlo, tan perezoso y débil estaba, y muy en el fondo donde me encontraba. Se está aquí siempre entre los dos rumores, sin duda es siempre el mismo pedazo, pero cáspita nadie lo diría. Es el momento quizá en que los vasos dejan de comunicar, ya sabes, los vasos. Incluso las palabras te dejan, con eso está dicho todo. A veces se pregunta uno si estamos en el buen planeta. Se convierte uno en un salvaje, forzosamente. Saberme existir, por muy débil y falsamente que fuera, por fuera de mí, tenía en otra época la virtud de conmoverme. En cuanto a mis necesidades, se habían en alguna medida reducido a mis dimensiones y, bajo el punto de vista cualitativo, tan super-refinadas que toda ayuda resultaba excluida, desde ese ángulo. Me encontraba bien, claro que sí, perfectamente, y el miedo de encontrarme peor se dejaba apenas sentir. Que nadie viniera ya, que nadie pudiera ya venir, a preguntarme si marchaba bien y si no necesitaba nada, apenas ya me dolía. Me parecía haber adquirido independencia en los últimos años. Estaba bien en mi caja, debo decirlo. No sé cuánto tiempo me quedé allí. Me tiraba pedos, es cosa sabida, pero difícilmente seco, salían con un ruido de bomba, se fundían en el gran jamás. Yo hubiera preferido otra cosa, martillazos, pan, pan, pan, asestados en el desierto. Zumbidos, alaridos, gemidos y suspiros. ¿Pero qué es todo esto? El viento añadía su voz, no hay que decirlo, o quizá más bien las tan variadas de sus juguetes. Todo abocaba a un ambiente más bien líquido. A veces una gota, atravesando el techo de la cochera, venía a explotar sobre mí. La lluvia también, la oía a menudo. Esto puede parecer imposible. Yo, cuando me desplazaba, era menos barco que onda, por lo que me parecía, y mis parones eran los de los remolinos. Oía el chapoteo del agua contra el embarcadero, contra la orilla, y el otro ruido, tan diferente, de la ondulación libre, lo oía también. En un hervor amarillento, si tengo buena memoria, las inmundicias se vertían al río, los pájaros revoloteaban por encima, chillando de hambre y de cólera. Oía solamente los gritos de las gaviotas que revoloteaban muy cerca, alrededor de la boca de los sumideros. No ver nada en absoluto, no, es demasiado. Tumbado de espaldas no veía nada, apenas vagamente, justo por encima de mi cabeza, a través de los minúsculos agujeritos, la claridad gris de la cochera.

Por otra parte yo dormía muy poco en aquella época, no tenía ganas, o tenía muchísimas ganas, no lo sé, o tenía miedo, no lo sé. No hablo del sueño, hablo de lo que se llama me parece estado de vigilia. No hay que cerrar los ojos, dejarlos abiertos en la oscuridad, esa es mi opinión. Mi tapadera se ajustaba tan bien que tuve que hacerle un agujero. Me encontraba bien en el bote, debo decirlo. Sabía que acabaría pronto, y representaba la comedia, verdad, la de—cómo llamarla, no lo sé. Estos pequeños trabajos de carpintería, si es posible llamarlos así, ejecutados con instrumentos y materiales improvisados, no me disgustaban. Como apoyo para mis manos coloqué dos grandes clavos, allí donde hacía falta. Pero era preferible entrar en el bote por detrás, sacar la tapa sirviéndome de las dos manos hasta que me cubriera del todo y empujarlo en el mismo sentido cuando quisiera salir. El empuje se ejercía sobre un travesaño en saliente fijado tras la tapa a este efecto, me gustaban las chapucillas. Lo empujé un poco hacia atrás, entraba en el bote por delante, gateaba hasta la parte de atrás, levantaba los pies y empujaba la tapa hacia delante hasta que me cubría del todo. Recubrí el bote completamente, hablo ahora otra vez de la tapadera. Me gustaba hacer chapuzas, no, no mucho, así así. Es formidable la de tablas que he podido encontrar en mi vida, cada vez que tenía necesidad de una tabla allí estaba, no había más que agacharse. Construí pues, con tablas sueltas, una tapadera. Pero se trataba de ratas de aguas, de una delgadez y de una ferocidad excepcionales. Se colocan en sitios en donde lo cubierto pasa al descubierto, les gustan los umbrales. Los sapos, sí, por la tarde, inmóviles durante horas, engullen moscas. Se hacían la tiolet, con gestos de gato. Venían con tanta confianza hacia mí, se diría que sin la menor repugnancia. Tenía incluso una especie de simpatía por ellas. Fíjate, carne viviente, porque yo era a pesar de todo carne viviente, hacía demasiado tiempo que vivía entre las ratas, en mis alojamientos improvisados, para que tuviera una vulgar fobia. Muchas ganas tenían sin embargo. Las ratas se las veían negras para llegar hasta mí, por la inclinación de la quilla. Le di la vuelta, lo rellené con piedras y pedazos de madera, quité los bancos y me hice la cama. El día en que adopté la cochera encontré un bote, la quilla al aire. Podía ser cualquier reflejo. Las demás se iluminaban a veces por la noche, débilmente, unas veces una, otras la otra, tenía esa impresión. Sólo las ventanas del piso bajo tenían persianas. La hierba invadía los senderos. La verja estaba cerrada. La propiedad parecía abandonada. Sólo las ventanas—no. Se veía también una especie de campo de maniobras donde soldados jugaban al fútbol, todo el año. De frente, sobre la otra orilla, se extendían aún los muelles, después un apelmazamiento de casas bajas, terrenos baldíos, empalizadas, chimeneas, flechas y torres. Esta propiedad, cuya entrada principal daba sobre una calle sombría, estrecha y silenciosa, estaba rodeada por un muro, menos naturalmente por el lado del río, que marcaba su límite septentrional, sobre una longitud de treinta pasos más o menos. Situada al borde del río, en una propiedad particular, o que lo había sido. Los días en que no trabajaba me quedaba tumbado en la cochera. Conseguía incluso ahorrar un poco, para los ultimísimos días. Apenas tenía gastos. No trabajaba todos los días.

Tenía una cara simpática, un poco coloradota. Se había quizá escapado de la jaula. Aquél debía ser un fanático religioso, no encontraba otra explicación. Pero en general el rincón era tranquilo, animado sin ser bullicioso, próspero y conveniente. Después me fui, aunque fuera aún de día. ¡Pero habla, pedazo de inmolado! vociferó el orador. Me quité el trapo, me metía en el bolsillo las escasas monedas que había ganado, desaté los cordones de mi tablilla, la plegué y me la puse bajo el brazo. Consistía ahora en dos trozos unidos por bisagras, lo que me permitía, una vez acabado el trabajo, plegarla y llevarla bajo el brazo, me gustaba hacer chapucillas. Yo había perfeccionado mi tablilla. Entonces se inclinó hacia mí y me apostrofo. La voz, Pregúntaselo tú. Preguntadle a ver si es culpa suya. Me diréis que es culpa suya. Mirad este torturado, este

pellejo. No se os ocurre nunca pensar, continuó el orador, que tenéis enfrente la esclavitud, el embrutecimiento, el asesinato organizado, que consagráis con vuestros dividendos criminales. La voz, Tres peniques. Un penique, dos peniques—. Claro que no, continuó el orador, eso forma parte del decorado. La voz, No. ¿Os dais cuenta? El orador continuó, Todos los días pasan delante de vosotros y cuando habéis ganado a las carreras soltáis una perra gorda. Una voz, Treinta mil. Y hay miles como él, peores que él, diez mil, veinte mil—. Viejo, piojoso, podrido, al cubo de la basura. Si no se pone a cuatro patas es porque teme el vergajo. Mirad ese pingajo, ese desecho. De repente se volvió y me cuestionó. El coche se había detenido junto a la acera, ante mí, yo veía al orador de espaldas. No entendía nada. Unión... hermanos... Marx... capital... biftec... amor. Berreaba tan fuerte que retazos de su discurso llegaban hasta mí. Al menos fue así como entendí la cosa. Era un hombre subido al techo de un automóvil, arengando a los transeúntes. Pero como no cesaba no tuve más remedio que buscar la causa. No buscaba la causa, porque me decía, Va a cesar. Desde hacía ya algún tiempo me incordia un ruido. Pero ese día debí volver. En el fondo creo que no he estado nunca en ninguna parte. En el fondo no estaba allí. No me fijaba. No oía gran cosa tampoco. Normalmente no veía gran cosa. Un día asistí a una escena extraña. Le daba un penique por el servicio. En realidad le encargaba a un chico que la comprara, siempre el mismo, a mí no querían servirme, no sé por qué. Después del trabajo compraba una botella de leche que bebía por la noche en la cochera. Yo ya apenas comía, Dios cuidaba de mi sustento. Una vez en mi puesto, no lo abandonaba hasta la noche. Si por azar me entraban ganas, las calmaba introduciendo un trapito en la bragueta. Yo ya apenas meaba. Debían ser los perros. Me sucedía a menudo, al acabar la jornada, encontrar los bajos del pantalón mojados. De vez en cuando pasaba un avión, poco rápidamente me parecía. Pero apenas defecaba ya. Si después debía defecar, me hacía un daño de perros. Introducía el índice, hasta el metacarpo. Era en el culo donde más satisfacción obtenía. Tenía en todas partes, en mis partes, en los pelos hasta el ombligo, bajo los brazos, en el culo, placas de eczema y de psoriasis que podía poner al rojo con sólo pensar en ellas. Para rascarme no tenía bastante con las dos manos. El verdadero rascado es superior al meneo, en mi opinión, y puede durar mucho, hasta los cincuenta, e incluso mucho después, pero acaba por convertirse en una simple costumbre. Ayudaba a pasar el tiempo, el tiempo pasaba cuando me rascaba. Me rascaba de abajo arriba, con cuatro uñas: Me hurgaba en los pelos, para calmarme. Me desabrochaba, discretamente, para rascarme. Para comprarse caramelos. Había chicos que, simulando darme una perra, arramplaban con todo lo que había ganado. No hay nunca tampoco que llevar guantes.

Mendigar con las manos en los bolsillos, da mal efecto, indispone a los trabajadores, sobre todo en invierno. Me apoyaba en la pared, pero sin el menor relajo, equilibraba mi peso de un pie al otro y me agarraba con las manos las solapas de la chaqueta. Entonces entreveía la tablilla a lo lejos, borrosa y abigarrada. Pero a menudo dejaba caer la cabeza sobre el pecho. Lo sentía pesando con suavidad sobre mi cara, frotaba la cara balanceándola de un lado a otro. Era una mezcla normalmente de blanco, azul y gris, y por la tarde venían a añadirse otros colores. Miraba al cielo, la mayor parte del tiempo, pero sin fijarlo. Se podía creer que yo amaba la naturaleza. No las buscaba, pero todas las cosas bonitas de este tipo que me caían a la mano, las guardaba para la tablilla. Podía verse a veces en ella flores, pétalos, espigas, y briznas de esa hierba que se aplica a las hemorroides, en fin lo que encontraba. Sobresalía precisamente a la altura justa, la del bolsillo, y su borde estaba lo suficientemente apartado de mi persona para poder depositar el óbolo sin peligro. Acabé procurándome una especie de tablilla que me sujetaba con cordel al cuello y a la cintura. Yo no decía eso, yo no he sido nunca muy creyente, ni nada que

se le parezca, pero lanzaba de todos modos un ruido, con la boca. Lo que realmente prefieren es ver al mendigo de lejos, preparar el penique, soltarlo en plena marcha y oír el Dios se lo pague debilitado por el alejamiento. Los hay evidentemente que se agachan, pero en general a la gente que da una limosna no le agrada que ello le obligue a agacharse. En resumen: no dan. Quieren dar, pero no les gusta que la moneda se escape dando vueltas bajo los pies de los transeúntes, o bajo las ruedas de los vehículos, donde cualquiera puede cogerla. Sin contar con que deben apuntar. Pero las gentes que dan una limosna no les agrada tirarla, ese gesto tiene algo de desprecio que repugna a los sensibles. Acabé procurándome una lata más grande, una especie de gran lata, y la coloqué sobre la acera, a mis pies. Pero esto le obligaba a aproximarse mucho, se arriesgaba a tocarme. No se mantenía derecha, se inclinaba respetuosamente hacia el transeúnte, no había más que dejar caer la moneda. Me procuré pues una lata de hierro blanco y la sujeté a un botón de mi abrigo, pero qué me pasa, de mi chaqueta, al nivel del pubis. En cuanto a tender la mano, ni pensarlo. No podía utilizar el sombrero, por mi cráneo. El platillo de madera me hizo mucho daño. Hasta la tarde mantenía la cara levantada hacia el cielo del mediodía, después hacia el de poniente hasta la noche. Era un trapo más bien gris, o incluso escocés, pero me daba por satisfecho. Acabé cortándolo del forro de mi abrigo, no, ya no tenía abrigo, de mi chaqueta entonces. El trapo me hizo mucho daño. No debería haber hablado de ello. Pero yo ya no necesitaba esas gafas y no me las ponía más que para suavizar el resplandor del sol. Yo creía que el señor Weir me lo había cogido todo. Los cristales habían sufrido, a fuerza de frotarse en el bolsillo uno contra otro y contra los demás objetos que allí se encontraran. Las enroscaba alrededor de las orejas y las abatía bajo la barbilla, donde las ataba. El puente, en aquella época, era de hilo de latón, de la clase que se emplea para sujetar los cuadros y los grandes espejos, y dos largas cintas negras servían de baranda. La Ética llevaba su nombre (Ward) en primera página, las gafas le habían pertenecido. Ah qué calma. Le encontraron muerto, desplomado en el W. C., con las ropas en un desorden terrible, fulminado por un infarto. Eran gafas de hombre, yo era un niño. Me había dado la Ética de Geulincz. Porque me parecía que mis ojos no se habían apagado del todo, gracias quizás a las gafas negras que mi preceptor me diera. Me tapé pues la parte baja de la cara con un trapo y fui a pedir limosna en un rincón soleado.

Pero llegó el día en que, mirando a mi alrededor, me encontré en los suburbios, y de aquí a los viejos ámbitos no había más que un paso, más allá de la estúpida esperanza de calma o de dolor más tenue. Al urbanista de la barba roja, le habían quitado la vesícula biliar, una falta grave, y tres días después moría, en la flor de la edad. Me tumbé de un lado a otro del camino, en un sitio donde se estrechaba, de forma que las carretas no podían pasar sin pasarme por encima, con una rueda al menos, o con dos si tenía cuatro. Volveré a aprender. Me dije. ¿En qué iba a convertirme? La última vez que había necesitado gemir lo había hecho, bien, como siempre, y eso en la ausencia de cualquier corazón susceptible de ser partido. Ya no podía gemir. Pero el tono que brotaba era el de la conversación corriente. Trataba de gemir, ¡Socorro! Para que no imaginaran que dormía, o descansaba. Tumbado al borde de

la carretera me dedicaba a contorsionarme cada vez que oía venir una carreta. ¿Con qué iba yo a bandearme, en el futuro? Era una lástima. Máscara de viejo cuero sucio y peludo, no quería ya decir por favor y gracias y perdón. Las llamaba, pero ya no venían. La sonrisa humilde e ingenua ya no me aparecía, ni la expresión de miseria cándida, penetrada de estrellas y cohetes. La cara en especial había debido alcanzar un aspecto decididamente climatérico. Debí cambiar desde mi expulsión del sótano. Si hubiera tenido otras ropas, otra cara, se me hubiera admitido quizá. Carretas pronto, pero todas me rechazaron. Una vez en la carretera no tenía más que seguir la pendiente.

Pero me dije, No, todo se andará. Hubiera aprendido a hacer mantequilla, queso. Hubiera venido todos los días seguida quizás de otras vacas. Con más control sobre mí mismo hubiera podido hacerme amigo de ella. Ya no podría contar con la vaca y ella pondría a las demás al corriente. Bebiendo la leche me reproché lo que acababa de hacer.

Porque me arrastró atravesando el umbral hasta los helechos gigantes y chorreantes, donde me vi obligado a soltar la presa. Pero acabó por hartarse. Agarrándome con una mano a la teta, con la otra mantenía el sombrero en su sitio. Debieron

ordeñarla recientemente. No sabía que nuestras vacas podían también portarse mal. La vaca me arrastró por la tierra, deteniéndose tan sólo de vez en cuando para propinarme una coz. La leche se derramaba por el suelo, pero me dije, No importa, es gratis. Me quité el sombrero y me puse a ordeñarla dentro, acudiendo a mis últimas fuerzas. Sus tetas estaban cubiertas de excrementos. Traté de mamarla, sin mucho éxito. No debía verme. No era sin duda la primera vez. Aguijoneada por la niebla glacial venía a cobijarse. La vaca me salvó. Un día no pude levantarme. Descansaba

sobre un jergón de helechos que yo mismo recogí con mil trabajos. Era a pesar de todo un techo.

En su conjunto la escena era la ya familiar de grandeza y desolación.

Esta era la habitación de la que me habían ofrecido la llave. Vorazmente arrancados, arrastrados durante largas horas, acabaron por tirarlos, pesados, o ya marchitos. Descubrí vestigios de ramos abandonados. No ofrecía sin embargo una perspectiva armónica. En una boñiga habían trazado un corazón, atravesado por una flecha. Excrementos poblaban el suelo, de hombre, de vaca, de perro, así como preservativos y vomitonas. Se habían entregado a los actos más viles, en el suelo y sobre las paredes. Si había tenido muebles nada quedaba ya. El interior estaba dividido, por los restos de un tabique, en dos partes desiguales. El techo se había hundido por varios sitios. La ventana ya no tenía cristales. Había arrancado la puerta, para hacer fuego, o con cualquier otro fin. Lo que él llamaba su cabaña era una especie de barraca de madera.

Me dio su cuchillo. Ah la gente. Siempre me encontrarás aquí, dijo, si alguna vez me necesitas. Pero cuando insistió para que cogiera la llave, me negué, diciéndole que tenía otros proyectos. Respondió que no la había vuelto a ver desde el día en que salió huyendo, pero que la creía aún en el mismo sitio, un



R. Bresson El diablo probablemente 1977.

poco deteriorada sin duda. Le pregunté si la conservaba todavía. Repitió la historia de su cabaña en la montaña, la había olvidado, era como si la oyera por primera vez. ¿Tu cabaña en la montaña? dije. Y yo que no podría vivir en otra parte, dije, en mi cabaña de la montaña era muy desgraciado. Sí, dije, o me arrojaré al acantilado. Te vas a ahogar, dije. Aquí pronto me voy a poner enfermo, dije, y ¿qué habré conseguido entonces? El mar me impedía dormir, durante horas. Las manos y los pies me hormigueaban. El viento al menos se calma a veces. Soportaba mal el mar, sus chapoteos, temblores, mareas y convulsividad general. ¿No conocerás por casualidad una caverna lacustre? dije. Yo no necesitaba bondad. Era buena persona. Me traería comida todos los días y vendría de vez en cuando a asegurarse que marchaba bien y no necesitaba nada. Si prefiriera estar solo me acondicionaría encantado otra caverna, un poco más lejos. Me invitó a quedarme todo el tiempo que me apeteciera. Es fácil para un hombre, cuando lo es de verdad, vivir en una caverna, lejos de todos. Me daba pescado. El otro estaba fuera la mayor parte del tiempo. Creía que el señor Weir me lo había quitado todo. No se había roto, el cristal no era auténtico cristal. Fue allí donde encontré mi frasquito, en el bolsillo. Por la noche una luz iluminaba la caverna, a intervalos regulares. Veía por encima una gran extensión palpitante, sin islas ni promontorios. Me tumbaba en la caverna y a veces miraba hacia el horizonte. Me curé el cráneo con compresas de alga, lo que me hizo un bien enorme, pero pasajero. Me traté mis ladillas con agua de mar y algas, pero un buen número de larvas debieron sobrevivir. Se estaba bien en la caverna, debo decirlo. No sé cuánto tiempo me quedé allí.

Después volvió a subir a sus pastizales. El burro me llevó hasta la boca de la caverna, porque yo no hubiera podido seguir, en la oscuridad, el sendero que bajaba hacia el mar. Cayó la noche. Atajamos por los caminos apacibles de la altiplanicie, blancos de polvo, con los matojos de espinos y de fucsia y los linderos franjeados de hierba silvestre y de margaritas. Déjenos continuar nuestro camino, dijo, y el orden se restablecerá automáticamente, en su sector. Era inevitable, en esas condiciones, que el orden público resultara turbado de vez en cuando. Mi amigo le recordó que éramos tal y como la naturaleza había acabado por hacernos y que los niños estaban en el mismo caso. Un guardia nos detuvo, y nos acusó de turbar el orden público. Los niños nos abucheaban y nos tiraban piedras, pero apuntaban mal porque sólo me alcanzaron una vez, en el sombrero. Me agarré a las vértebras de la cerviz, una mano luego otra. Pero ante mi propia extrañeza me monté en el burro y arre, a la sombra de los castaños que brotaban con furia de la acera. Entonces no vienes, dijo. Parecía abrumado. Le recordé que no tenía costumbre de quedarme con nadie más de dos o tres minutos seguidos y que me horrorizaba el mar. No le hagas caso, dijo, es que no te conoce. ¿Qué le pasa a tu burro? dije. Quédate todo el tiempo que quieras, dijo. Me suplicó que le acompañara a su casa y pasara allí la noche. Estaba encantado de volver a verme, el pobre. Fue en una de sus salidas cuando me encontró, en los suburbios. Pero ganaba así un poco de dinero, lo suficiente para comprar tabaco y cerillas y de vez en cuando una libra de pan. No podía transportar mucha cantidad de una vez, porque el burro era viejo, pequeño también, y la ciudad estaba lejos. Gracias al burro podía abastecer de arena, de algas y de conchas a los habitantes de la ciudad, para sus jardincillos. Habían pasado muchas noches juntos, apretados el uno contra el otro, mientras el viento bramaba y el mar azotaba la playa. Cuando hacía muy mal tiempo el burro entraba con su amo en la caverna y allí se abrigaba, mientras duraba la tempestad. Tenía un burro que trotaba por el acantilado, o en los minúsculos senderos agrietados que descienden hacia el mar. Vivía en una caverna al borde del mar. Un día encontré a un hombre que conociera en época anterior.

El insoportable hijo de puta. Avanzaba a toda marcha, con

sus andares de pato, ofreciendo a derecha y a izquierda saludos con el sombrero y otras muestras de servilismo. Me volví para seguirle con la mirada. Estaba casi seguro de que era él. Se quitó el sombrero y se inclinó y vi que era calvo como un huevo. Con una cartera bajo el brazo apresuraba el paso. Un día vi a mi hijo. El efecto general era el mismo. El campo tampoco era ya como lo recordaba. La ciudad había sufrido cambios. No sé durante cuánto tiempo circulé así, descansando unas veces en un sitio, otras en otro, en la ciudad y en el campo. Ella lo había recuperado quizá mientras yo dormía. No estaba. Busqué el recibo en mis bolsillos, para intentar descifrar el nombre.

No sé exactamente cómo sucedió, si es que no pude encontrar la dirección, o si la dirección no existía, o si la griega ya no estaba allí. En los días siguientes traté de recuperar mi dinero. La prefería con mucho a la mía, que se ocultaba ahora bajo la nueva hediondez, sintiéndola sólo a vaharadas. Yo apesta-ba aún, pero con una fetidez que me agradaba. No, dijeron. ¿Puedo descansar en el establo? dije. Después me llegué hasta la casa en donde mendigué un vaso de leche y pan con mantequilla. Los establos me han resultado siempre acogedores. Cuando estuvo seca la cepillé con un cepillo, una especie de almohaza me parece, que encontré en un establo. Me decía, Nada, nada que hacer ahora hasta que esté seca. Me gustaba. Me senté al borde de la carretera, al sol, y me sequé la ropa. Me obligaron a bajarme de tres autobuses. Al día siguiente reemprendí el camino de la ciudad. Acabé por encontrar un montón de estiércol. Dispuse hojas bajo mi sombrero en círculo, para procurarme sombra. Pero me parece que esto era mucho más tarde. Me senté en un prado, al sol. Un autobús me transportó, al campo. La luz resplandeciente me aturdí. Debía estarlo. Me sentía débil.

Debí visitar el sótano mientras yo dormía. Había sido realmente paciente.

Después de todo aquello no le importaba. Calma, calma, dijo, no se abandone, ale, hop, de pie, basta.

¡Largos meses de calma, deshechos en un instante!

Podría vivir aquí con el cerdo, dije, me ocuparía de él. No es que sea mala persona, añadió. Dijo que no podía. Pregunté si no me podría ceder otro sitio, apenas un rincón donde poder tumbarme, el tiempo de sobreponerme y de tomar mis disposiciones. Dijo que necesitaba la habitación, inmediatamente, para su cerdo, cogiendo frío en una carretilla, ante la puerta, y vigilado únicamente por un chaval que ni siquiera conocía y que estaría probablemente haciéndole picias. Propuso ir a buscar un taxi, o una ambulancia, si prefería. No es para tanto, dijo. Estoy enfermo, dije, no puedo marcharme así sin previo aviso.

Debí creer que mentía. ¿Ignora usted su nombre? dijo. Pero si ignora su nombre, dije, por no hablar de sus señas. Que se lo devuelva, dijo. Pero si acabo de entregarle un anticipo de seis meses de alquiler, dije. Debe estar usted en un error, dijo, porque me llevó las llaves, a mi oficina, ayer por la mañana lo más tarde. Pero si la he visto anoche, dije. La turca se había marchado la víspera. Su patrimonio. Era su casa. Me dijo que su extrañeza sólo encontraba parangón con la mía. Era muy pulcro, debo decirlo. Me rogó que me levantara y abandonara su casa inmediatamente. No podían ser más de las once. Una mañana, poco después de la transacción, me despertó un hombre que me sacudía por el hombro.

Le di el dinero y me hizo un recibo. Pero ¿se podía llamar a esto un inconveniente? ¿No me iba a quedar de todas formas hasta el último céntimo, y más allá aún, hasta que ella me echara?. Esto tenía la ventaja de hacerme ganar seis semanas

de estancia y el inconveniente de agotar casi todo mi pequeño capital. No creo que me equivoque mucho. Dijo que tenía necesidad urgente de dinero en metálico y que si yo podía proporcionarle un adelanto de seis meses me reduciría el alquiler del cuarto durante este período. Un día la mujer me hizo una proposición.

Debería haberlo apuntado. ¡Un servicio! Se presentó y me explicó dónde podría encontrarle. ¡Un servicio! Me dijo que le avisara si alguna vez necesitaba un servicio. Era quizá buena persona. Se condena uno, en la iglesia reformada, sin remedio. Me preguntó qué clase de pastor me gustaría ver. Le informé que pertenecía a una rama de la iglesia reformada. Un cura también, un día recibí la visita de un cura. O quizá fuera buena persona. No se atrevía a detenerme. Le dejé hablar. Equívoco, eso es, me dijo que yo era equívoco. Dijo que estaba bajo vigilancia, sin explicarme por qué. Un día recibí la visita de una agente de policía. Correteaba un poco por la habitación, después se iba sin haberme dirigido la palabra. No sabía quién era. Tenía largos cabellos rojos que colgaban en dos trenzas. Era a veces una niña la que venía. A mí me dormía a menudo. Era una especie de nana, me parece. ¿Era una canción de mi espíritu, o venía sencillamente de fuera? Extrañas palabras para una niña, o un niño. Durante mucho tiempo no conseguí coger las palabras. Una niña, ¿o era un niño? cantaba todas las tardes a la misma hora en algún lugar encima de mí. Los ruidos que venían de la casa me crispaban menos. Pasaban corriendo todos los días, gritando el nombre de los periódicos e incluso las noticias sensacionales. Lo que más me crispaba eran los gritos de los vendedores de periódicos. Quería comprarme otro, pero le dije que no quería otro. Ella quería llevarse, pero yo le dije que lo dejara. Me hubiera alegrado tener un azafrán amarillo o un jacinto, pero la cosa es que no iba a cumplirse. Reverdeció, pero nunca tuvo flores, apenas un tallo macilento provisto de hojas cloróticas. No eran las condiciones óptimas probablemente. No debía ser muy cómodo, no acabo de entender cómo me las arreglaba. Me instalaba entonces frente a la ventana y tiraba del cordel, para mantener el bote a la luz, y al calor. Por la tarde, cuando hacía buen tiempo, un hilo de luz trepaba a lo largo del muro. Dejé el bote fuera, atado a un cordel que pasaba por la ventana. Debía ser por primavera, no eran las condiciones óptimas probablemente. Una vez mandé a buscar una cebolla azafranada y la planté en el patinillo sombrío, en un bote viejo. Más de una pierna se me hizo así familiar. Ciertas tardes, cuando hacía buen tiempo y me sentía con ánimos, me iba con la silla al patinillo y miraba entre las faldas de las que pasaban. Más de una pierna se me hizo así familiar. Desde mi cama veía los pies que iban y venían por la acera. No necesitaba afecto afortunadamente. Después ya no la veía sino por azar cuando asomaba la cabeza para asegurarse de que no había ocurrido nada. Tenía un asa enorme por donde metía el brazo, conservando así las dos manos libres para llevar la bandeja. Traía al mismo tiempo una palangana limpia. Traía hacia mediodía una bandeja llena de comida y se llevaba el de la víspera. La mujer observaba nuestra convivencia lo mejor posible. Aparte algunas ratas estaba solo en el sótano. Estaba bien en esta casa, debo decirlo.

Los zapatos se habían resquebrajado y el sol acusaba las grietas del cuero. Recuerdo solamente mis pies que salían de mi sombra uno tras otro. ¿Pero el qué? Pero incluso sin contar con esto me parece que debí ver algo al irme. Y sin embargo me sorprendía haciéndolo. Debí leerlo en alguna parte, cuando era pequeño y todavía leía, que valía más no volver la cabeza al marcharse. Es cierto que cuando salí de esta casa hacía un tiempo radiante, pero yo no miraba nunca hacia atrás al irme. No debía por decirlo así esperar más. Llegué al crepúsculo y no presté a los alrededores la atención que quizá les hubiera dedicado de sospechar que iban a cerrarse sobre mí. Me parecía que formaba cuerpo con otras casas. Ahora ya no sabía dónde estaba, tenía una vaga imagen, ni siquiera, no veía

nada, de una enorme casa de cinco o seis pisos.

Y yo también, a fuerza de asimilar las vocales y suprimir las consonantes. Tenía un acento extraño. Yo tenía en la cabeza que era viuda o al menos abandonada. Nunca hablaba de sí misma. Aquella mujer era griega, creo, o turca. Añadió, con mucha comprensión, que nunca me echaría con mal tiempo. Me dijo que durante la limpieza, que sería rápida, podría esperar en el patinillo de al lado. Insistió sin embargo en hacer la cama y limpiar la habitación un vez por semana, en lugar de una vez al mes, como yo le había pedido. Mis fantasías, ese término empleó, no le daban miedo. Con aquella me entendí rápidamente. Finalmente conseguí alojarme en un sótano. Pero no pude entenderme con ninguna. Ciertas mujeres tenían tanta necesidad de dinero que me dejaban pasar en seguida y me enseñaban la habitación. Jamás cometí la falta de llevar medallas. Más tarde resolví el problema, de capital importancia en las épocas difíciles, llevando un viejo kepi británico y saludando a lo militar, no, falso, en fin, no lo sé, conservaba mi sombrero después de todo. Pero tocarse el sombrero no es fácil tampoco. Cuando consideraba que bastaría con tocarme el sombrero, naturalmente me limitaba a tocarme el sombrero. Hacer esto con naturalidad, sin provocar una impresión desagradable, no es fácil. Hacía deslizarse ágilmente mi sombrero hacia delante, lo mantenía un momento colocado de tal forma que no se podía ver mi cráneo, después con el mismo deslizamiento lo volvía a poner en su sitio. Perfeccioné en esta época una forma de descubrirme a la vez digna y cortés, sin bajeza ni insolencia. Ya podía yo exhibir mis mejores maneras, sonreír y hablar con toda precisión, no había acabado aún con mis cumplidos cuando me cerraban la puerta en las narices. Normalmente me cerraban la puerta en las narices, incluso cuando enseñaba mi dinero, diciendo que pagaría una semana por adelantado, o incluso dos. En los días siguientes visité varios inmuebles, sin mucho éxito.

Hacía mucho tiempo que no había tenido verdaderas ganas de algo y el efecto sobre mí fue horrible. Vendría alguien de vez en cuando a asegurarse que me encontraba bien y no necesitaba nada. Deseaba estar otra vez encerrado, en un sitio hermético, vacío y caliente, con luz artificial una lámpara de petróleo a ser posible, cubierta con una pantalla rosa preferentemente. Llegada la noche, después de un crepúsculo muy largo, me quité el sombrero que me hacía daño. La señora Maxwell se hubiera puesto muy contenta si hubiera podido ver a su abrevadero prestar tales servicios a los caballos de la ciudad. El carretero también me miraba. Una vez, cuando cesó el ruido, me volví y vi el caballo que me miraba. Los caballos no estaban tranquilos. Hasta que el caballo hubo acabado de beber o el carretero consideró que había bebido suficiente. Después otra vez el silencio. Después otra vez los guijarros. Era el caballo quien me miraba otra vez. Después otra vez el silencio. Después el ruido de guijarros arrastrados en el barro que hacen los caballos al beber. Era el caballo quien me miraba. Después el silencio. Oía los hierros y el clic clac del arnés. Durante el tiempo que me quedé allí varios caballos sacaron provecho del regalo. Se encontraba junto a un abrevadero, regalo de una tal señora Maxwell a los caballos de la ciudad, conforme la inscripción. Se le había excavado según la forma del cuerpo sentado. Mi banco estaba aún en su sitio. Todo esto son mentiras, me doy perfecta cuenta. El río en particular me daba la impresión, como siempre, de correr en el mal sentido. Pero el aspecto general del río, fluyendo entre sus muelles y bajo sus puentes, no había cambiado. Eso hice más tarde. Pero mirando con más atención hubiera descubierto muchos cambios sin duda. Allí todo parecía, a primera vista, más o menos tal y como lo había dejado. A fuerza de conservar el lado rojo del cielo lo más posible a mi derecha llegué por fin al río. Estaba siempre dispuesto a reír, con esa risa sólida y sin malicia que tan buena es para la salud. Tuve la enorme suerte, varias veces, de evitar que me aplastaran. No sabía dónde se suponía

que debía ir lógicamente. Era quizás una ciudad completamente distinta. Es verdad que conocía muy mal la ciudad. La impresión general era la misma de antaño. Había calles que no recordaba haber visto en su actual emplazamiento, entre las que recordaba varias habían desaparecido y por último otras habían cambiado completamente de nombre. Edificios enteros habían desaparecido, las empalizadas habían cambiado de sitio y por todas partes veía en grandes letras nombres de comerciantes que no había visto en ninguna parte y que incluso me hubiera costado pronunciar. Hacía mucho tiempo que no había puesto los pies en esta parte de la ciudad y la encontré muy cambiada. En la calle me encontraba perdido.

Por otra parte no me volvía nunca en esos casos. Lo que hubiera aumentado mi pesar. A gusto hubiera desandado el camino, pero temía que uno de los guardianes me detuviera diciéndome que nunca volvería a ver al señor Weir. Yo sabía perfectamente que no me readmitirían. Me decía, Acabemos primero lo que nos estamos diciendo, luego se lo preguntaré. Lo pensé, durante nuestra conversación, en el vestíbulo. Seguramente me lo hubiera dado. Me acordé de pronto que había olvidado pedir al señor Weir un pedazo de pan. Vete a la mierda, dijo ella. Un niño, tendiendo las manos y levantando la cabeza hacia el cielo azul, preguntó a su madre cómo era eso posible. La tierra hace un ruido como de suspiros y las últimas gotas caen del cielo vaciado y sin nubes. Había esa luz extraña que cierra una jornada de lluvia persistente, cuando el sol aparece y el cielo se ilumina demasiado tarde para que sirva ya para algo. Ahora avanzaba a través del jardín.

Debió hablar con el señor Weir en el intervalo, porque dijo, No debe usted quedarse en el claustro ahora que ya no llueve. Respondí que tenía permiso del señor Weir para quedarme en el claustro hasta las seis. Se fue, pero volvió en seguida. Muy amable. ¿Qué desea? eso dijo. Apareció un hombre y me preguntó qué hacía. Me quedé allí mirando bajo la bóveda el sol que se ponía tras el claustro. Estaba bajo y deduje que serían cerca de las seis, teniendo en cuenta la época del año. No llevaba mucho tiempo en el claustro cuando la lluvia cesó y el sol apareció.

Weir, dijo. ¿Qué nombre debo decir?, dije. Si le preguntan no tiene más que decir que tiene usted permiso para guarecerse en el claustro. Puede usted esperar en el claustro hasta las seis, ya oír la campana. Puede usted esperar en el claustro, dijo, la lluvia no cesará en todo el día. ¿Me permite que me quede aquí un momentito, dije, hasta que cese la lluvia? No tanto, dijo. Soy tan viejo, dije. Vamos, vamos, dijo, además no se le entiende ni la décima parte de lo que dice. ¡Exelmans! exclamé. Nuestras sucursales le rechazarían igualmente. No vuelva nunca aquí pase lo que pase, porque ya no le admitiríamos. Cuando lo haya gastado debe procurarse más, si quiere continuar. Somos una institución de caridad, dijo, y el dinero es un regalo que le hacemos cuando se va. Este dinero, dije, quizá quieran recuperarlo y cobijarme todavía un poco. ¡Qué débil me sentía! Cuántas veces había dicho que iba a ser útil, no iba a empezar otra vez. Después de un momento continuó, Si le creyeran a usted realmente dispuesto a ser útil, le admitirían, estoy seguro. Útil, dijo, ¿de verdad estaría dispuesto a ser útil? No hay medio de que me admitan todavía un poco, dije, yo podía ser útil. Eso nos perjudicada, a la larga, respondió él. Se lo agradezco mucho, dije, ¿hay una ley que le impide echarme a la calle, desnudo y sin recursos? Después en el cristal el sitio en donde se había raspado el esmalte y por donde en las horas de congoja yo deslizara la vista, y rara vez en vano. Había incluso un agujero para mi quiste. Por un momento sentí que me invadía su vida de madera hasta no ser yo mismo más que un viejo pedazo de madera. Las largas tardes juntos, esperando la hora de irme a la cama. El taburete, por ejemplo, íntimo como el que más. Veía los objetos familiares, compañeros de tantas horas soportables. La cantidad no era grande, comparada con

otras cantidades, pero a mí me parecía grande. Pensar que había estado a punto de marcharme sin un céntimo en el bolsillo. Fue entonces cuando recibí el dinero. Dije. ¿Qué dinero? Es un recibo, dijo, por la ropa y el dinero que ha recibido usted. ¿Qué es esto, dije, un salvoconducto? En el vestíbulo me dio un papel para firmar. Un hombre entró y me hizo una seña para que le siguiera. Pero para demostrarles hasta qué punto estaba indignado por no haberme dejado en mi cama mandé la silla a hacer puñetas de una patada. Había hecho bien en mostrarme indignado. Una de las mujeres les siguió y volvió con una silla que colocó ante mí. Desmontaron la cama y se llevaron las piezas. Entraron hombres con batas, con mazos en la mano.

Dije, Me podían, haber dejado en mi cama hasta el último momento. Me indignaba el hecho de que no hubieran permitido esperar en el lecho familiar y no así de pie, en el frío, en estas ropas que olían a azufre. Toda la ropa de cama había desaparecido. Me dijeron que me sentara en la cama y esperara. Cuando acabaron me levanté y acabé de vestirme solo. Pero hubieran podido decir cualquier cosita. Tampoco yo me interesaba mucho. No parecían interesarse mucho por mis partes que a decir verdad nada tenían de particular. Yacía inerte sobre la cama e hicieron falta tres mujeres para quitarme los pantalones. No dijeron expresamente que nunca estaría mejor que ahora, pero se sobreentendía. Yo no me sentía bien, pero me dijeron que estaba bastante bien. Era azul, como con estrillas. Pero acabó por serme útil. Cuando llegó por fin estaba demasiado fatigado para devolverla. Me parecía bonita, pero no me gustaba. Me dieron una corbata, después de largas discusiones. El sombrero era en principio demasiado pequeño, pero luego se acostumbró. Pero yo no podía pasearme con la cabeza al aire, en vista del estado de mi cráneo.

Intenté a continuación cambiar el sombrero por una gorra, o un fieltro que pudiera doblarse sobre la cara, pero sin mucho éxito. Comprendí entonces que acabaría pronto, bueno, bastante pronto. Respondieron que lo habían quemado, con mis demás prendas. Añadí, Devuélvanme mi abrigo. Dije, Tengan su sombrero y devuélvanme el mío. Sea como fuere, el sombrero era hongo, en buen estado. Debió endomingarse para ir a la consulta, por primera vez quizá, no pudiendo más. Sobre todo la camisa, durante mucho tiempo no podía cerrarme el cuello, ni por consiguiente alzar el cuello postizo, ni recoger los faldones, con un imperdible, entre las piernas, como mi madre me había enseñado. Es decir que él debió ser un poco menos alto que yo, un poco menos grueso, porque las prendas no me venían tan bien al principio como al final. Las prendas—zapatos, calcetines, pantalón, camisa, chaqueta y sombrero—no eran nuevas, pero el muerto debía ser poco más o menos de mi talla. Lo mismo la chaqueta y el pantalón, no necesitaban decírmelo, salvo que yo podría continuar en mangas de camisa, si quería. Lo mismo los zapatos, cuando estuvieran usados debería ocuparme de que los arreglaran, o continuar descalzo, si quería continuar. Cuando lo hubiera gastado debería procurarme más, si quería continuar. Yo sabía para qué iba a servir el dinero, iba a servir para ponerme de patitas en la calle. Me vistieron y me dieron dinero.